

Juan Luis PULIDO BEGINES, *La Transición incompleta*, Madrid, Marcial Pons, 2012. 198 pp. ISBN: 978-84-15664-10-9

Perdone el lector mi atrevimiento al escribir estas líneas con el único objetivo de comentar mis impresiones sobre un libro que me ha causado una profunda conmoción. Suele ser habitual que las reseñas que aparecen en las revistas de Historia tengan el común denominador de destacar, en mayor o menor grado, las virtudes que atesora el libro en cuestión. En realidad, muy pocas veces se pueden leer críticas o enmiendas consistentes en este género tan necesario que, tal vez, las actuales circunstancias académicas y, sobre todo, burocráticas han desprestigiado en demasía. El caso es que tampoco se cumple aquí otra de las prácticas más habituales como que el autor o autores de los trabajos busquemos a colegas que, desde el rigor y con la autoridad que les puede dar su condición de especialistas, dediquen su análisis para hacer ver en positivo nuestras aportaciones. Claro está, una vez que contamos con la certeza o intuición de que sus comentarios nunca serán negativos. Por el contrario, lo que me ha llevado hasta aquí ha sido manifestar mi queja por lo que entiendo es un grave error de concepto. Les confieso que lo que me incitó a leer este libro fue su título, *La Transición incompleta*, una elección mendaz que en ningún caso debería haber denominado al libro porque no es de la Transición política de la dictadura a la democracia de lo que nos habla el autor, Juan Luis Pulido Begines, catedrático de derecho mercantil de la Universidad de Cádiz, reputado colaborador en la prensa escrita con artículos de opinión de diversas temáticas. Este error consciente puede, como me ocurrió a mí, llevar a un potencial lector a abrir unas páginas que, por otra parte, son de muy difícil catalogación porque, como se dice en el prólogo, el ensayo trata la “situación actual de la sociedad y la política española” pero sin que en ningún momento, por ejemplo con un subtítulo o una cronología, se nos advierta del fundamental detalle.

Las 195 páginas de que consta la publicación están repletas de comentarios sobre diversas cuestiones en las que prácticamente no voy a entrar porque no es de eso ahora de lo que quiero advertir al lector. En todo caso, vaya por delante que en muchas ocasiones puedo estar en sintonía con lo que se nos dice, lo cual, por otra parte, no tiene demasiado valor porque, en el fondo, no deja de ser más que una opinión. Seguramente, yo al menos así lo sostengo, los profesores de universidad debemos cumplir también una función social, más allá de dedicarnos a nuestras dos principales obligaciones –docencia e investigación–, y no son pocos, como el propio autor del libro, que escriben artículos de opinión en la prensa o participan en debates o tertulias en diversos medios de comunicación. Si se me permite la injerencia, se me ocurre que sólo un límite deberíamos contemplar y es que para evitar convertirnos en “todólogos”, es decir, para opinar sobre todo lo que se nos venga en gana sin demasiado fuste es preferible mantener unos diques de contención y

“pontificar” de lo que verdaderamente conocemos o en lo que somos expertos. Lo demás puede ser muy peligroso y nos expone no pocas veces a un desprestigio ganado a pulso por mucha erudición que queramos acompañar a nuestros comentarios. Por cierto, muchos de ellos sin venir a cuento o sacados de contexto. El criterio de autoridad hay que ganarlo empíricamente, con hechos y datos, no con el simple nombre o la erudición que pueden demostrar una vasta cultura pero poco más.

Sobre la situación política y social actual siempre se ha escrito, me refiero al viejo aserto de Croce cuando afirmaba que toda Historia es contemporánea. Así, en todo tiempo se ha podido producir una literatura muy desigual que comenta y analiza desde diversas perspectivas esa actualidad. Lo que cambia el panorama que nos rodea desde hace más o menos seis años es, sin duda, la crisis que padecemos. A medida que ésta ha comenzado a instalarse entre nosotros y, sobre todo, desde el momento que ha ido adquiriendo caracteres apocalípticos ha convocado también a más y más “intelectuales, políticos, analistas, periodistas...” que han querido terciar para descubrir su origen, poner blanco sobre negro en los porqués y, sobre todo, para postular remedios al más puro estilo arbitrista, cosa que tanto se *práctica últimamente* –Santos Juliá, *El País*, 2 de febrero de 2014–. De eso, sin duda, los españoles en particular sabemos mucho. Hace apenas unos meses, este gran historiador –*El País*, 14 de octubre de 2012– advertía del peligro de una especie de género en expansión que definía como “literatura del desastre”. Se refería a una suerte ingente de escritos que, sobre todo, reúnen dos características: entonan una elegía sobre el pasado, más o menos remoto, y destacan la decadencia actual para, claro está, acabar sugiriendo las soluciones de rigor que, *grosso modo*, podríamos resumir en una especie de sortilegio: la regeneración de España. Esto es realmente lo que podemos leer en las páginas de este libro. Sin embargo sus análisis, apreciaciones, comentarios de toda laya, desde una realidad, la española de 2012, que, transcurridos ya treinta y cuatro años desde la aprobación de la actual Constitución, piedra angular de la Transición, parece evidente que tienen cada vez menos que ver con aquel tiempo mítico de cambio.

El proceso transicional ha sido durante muchos años el tiempo histórico mejor valorado por los españoles en general con una nota media, año tras año, que nunca descendió del notable. Se ha hablado, y se sigue defendiendo en no pocas tribunas, que se trata de un cambio modélico tanto por lo bien hecho que estuvo como por las lecciones que otros países han podido aplicar en sus correspondientes singladuras políticas. Durante treinta años, aproximadamente, era muy difícil y arriesgado proferir algún atisbo de crítica sin el riesgo de caer en el ostracismo y la descalificación por muy pertrechado de argumentos y pruebas que uno creyera estar. Sin embargo, la crisis económica y política que padecemos ha servido para abrir de par en par las puertas a las críticas y descalificaciones a los mentores y los fundamentos de un proceso que ahora ya no parece tan perfecto. Los defensores de estos furibundos ataques, a menudo, suelen omitir el análisis detallado de las condiciones de la sociedad española de los años setenta que parece también evidente no tienen nada que ver ya con las que nos rodean en estos momentos. Nos hemos olvidado de la cultura política de unos españoles y de sus representantes políticos que, por si esto fuera poco, estaban volviendo a abrazar con muchas dificultades una democracia de la que se tenían unos parámetros que, como no podía ser de otro modo, han evolucionado a lo que ahora denominamos democracia participativa. No quiero extenderme en esto más de lo necesario pero conviene separar de una vez por todas el tiempo de la Transición, es decir, la España de los años 1973-1986, período convencionalmente admitido, de la Democracia que vino después y que, probablemente, no hemos sabido construir o cuidar entre todos.

En todo caso, y vuelvo con esto a mi objetivo y mi crítica fundamental, el profesor Pulido aprovecha un título y un tema tan sugerente y recurrente como este para hablar de

lo divino y de lo humano contradiciendo sus propios planteamientos y cayendo sin más en esa literatura del desastre presumidamente terapéutica que seguramente interese mucho menos. En esta crítica que hago no podía faltar otra reflexión. Tiene que ver con la editorial que publica el texto, Marcial Pons. Ignoro los criterios que puedan mover a la edición de un trabajo como éste pero lo normal es contar con los consabidos informes de especialistas que aconsejan su “salida a la luz”. Supongo que, como el prologuista, no falten colegas dispuestos a “mojarse” con un voto afirmativo pero es de desear que se guarde el rigor necesario y no se engañe a nadie con la publicación y se sepa, sin ardidés o subterfugios encubiertos bajo el paraguas del “ensayo”, de qué trata el libro que vamos a comprar.

Por último, antes de matizar algunas otras cuestiones notables del libro relacionadas con aspectos historiográficos, tampoco quiero dejar de anotar el desliz del autor al elogiar el idolatrado tiempo de la Transición desde una perspectiva vivencial, personal, porque, básicamente, al margen de los muchos problemas que nos acuciaban y, a diferencia de lo que nos pasa hoy, “discutíamos hasta agotarnos” –dice literalmente en la página 89– de las diferencias políticas que menudeaban. Hasta aquí bien si no nos olvidamos que, como le pasaba a un compañero de profesión muy querido que contaba a los alumnos sus carreras en París delante de los gendarmes en 1968, cuando él había nacido en 1961....., no podemos caer en la tentación de situarnos donde es muy difícil que estuviésemos salvo que confundamos los términos y pensemos que con doce o quince años estábamos ya “haciendo la Transición”.

Entre esas cuestiones pendientes que advertía con una necesaria matización sobresalen con claridad dos. En primer lugar conviene sugerir al posible lector que la historiografía sobre la guerra civil –de autores españoles e hispanistas conviene decir– hace ya mucho que delimitó con claridad la causa fundamental que provocó la contienda y que no es otra que el fallido golpe de estado protagonizado por Franco y la trama civil y militar que le apoyó. La República, con sus fallos y aciertos, que de todo hubo, causó muchos problemas pero en ningún caso se puede seguir haciendo responsable con rigor de aquello. Este régimen político, por cierto, fue la primera experiencia democrática en nuestro país más allá de los desvaríos que políticos y partidos, algunos de ellos republicanos, cometieron. Claro está, una democracia que, como corresponde a los complejos años treinta del siglo pasado, estaba empezando a abrirse camino y guarda una relación relativa con lo que hoy se entiende por democracia. La segunda cuestión, ésta *sí emparentada con la Transición propiamente dicha*, versa sobre la derecha política nacional. Si en España tenemos un problema político con quien ocupa este espectro ideológico es porque una parte significativa de él no supo romper amarras con la dictadura franquista. Ese cordón umbilical se hubiera debido sajar en los años setenta desde unos valores auténticamente democráticos que deberían haber condenado expresamente la experiencia dictatorial. Luego el problema no estriba en que la sociedad española admita esa legítima ideología, *¡faltaría más!*, sino en que este/os partido/os debería/n haber sabido hacer tabla rasa con un pasado que pisoteó los valores democráticos como seña fundamental de identidad. Por último, también parece oportuno un breve comentario sobre la tan traída y llevada “memoria histórica”. Conviene señalar que los múltiples partidarios de reabrir el pasado inmediato y reclamar una historia y justicia democrática transicional reparadora sólo son el reflejo de un fenómeno que tarde o temprano se ha dado en todos aquellos países que, a su vez, han tenido un pasado traumático que cuesta siempre asumir. La solución nunca puede ser el olvido o el pacto de silencio. En Alemania, Francia o Italia la querrela de los historiadores fue corolario de esa necesidad social que la clase política tuvo que saber gestionar con sus programas.

Son muchas las cuestiones que el autor aborda en su trabajo que podríamos comentar aquí y que por falta de espacio dejaremos para otra ocasión, como por ejemplo la situación

de la Universidad, que todos los que trabajamos en ella parecemos tentados a solucionar partiendo siempre de una crítica a la endogamia que en ningún caso tuvo que ver con nuestras trayectorias personales, ¡claro está! Mas, para terminar, y muy de pasada también quiero hacerme eco de la denuncia que Pulido hace sobre la situación de “acoso” que viven los católicos y su religión, que merecería todo un tratado para los que vemos el problema de manera bien diferente; asimismo, no me ha pasado por alto, en el análisis de los medios de comunicación, la perversión que sufrieron justo con la llegada del PSOE de González que comenzó a manipularlos, siempre según el autor, pasando por alto la inestimable colaboración que Adolfo Suárez supo obtener de ellos para alcanzar y mantenerse en el poder; y termino con esta literatura terapéutica desde la sorpresa al comprobar la enorme responsabilidad que Rodríguez Zapatero ha contraído con los españoles como causante de tantos y tantos males que nos aquejan mientras que se van de rositas muchos otros, incluidos los poderes financieros y sus más directos beneficiados.

Manuel Ortiz Heras
Universidad de Castilla-La Mancha